

NORA DOMINGUEZ

Diálogos del género o como no caerse del mapa

Resumen: Si se observan los mapas actuales sobre las líneas teóricas del feminismo, elaborados por norteamericanas o europeas, en general, se advierte la escasa participación de las críticas latinoamericanas en esos debates. Para alterar y deshacer el diseño de esos mapas es necesario partir de un concepto de traducción activo y dinámico a partir del cual pensar los propios lugares, movilizar las nociones estabilizadas y promover lecturas críticas que armen otras genealogías y funcionen como relatos alternativos y contra hegemónicos. La categoría de sujeto nómada sirve a una experiencia subjetiva, una práctica de escritura y lectura, una opción política y no únicamente a una formulación teórica a adoptar.

Palabras clave: género, traducción, crítica literaria latinoamericana, escrituras del nomadismo urbano.

Un mapa distribuye líneas, puntos, bordes y recorridos. Una serie de operaciones ideológicas traman y urden su frágil transparencia. Funciona, entonces, como una representación donde los trazos, los signos y los sombreados, subrayan, reconocen y distinguen presencias a las que anima un afán de totalidad. Los registros, sabemos, nunca son inocentes ni neutrales. Por el contrario, están atravesados por la astucia y una racionalidad determinada. Todos nos servimos de mapas, acudimos de una u otra manera, en diferentes circunstancias, a interpretar su lógica y quedamos presos de su orden o regularidad. Los mapas responden a una necesidad social, cultural y política de los sujetos, las instituciones y los estados. Una necesidad a través de la cual se inscriben y se otorgan sentidos, se reconocen fuerzas, se formulan ideas y, por supuesto, se construye hegemonía. Si estas construcciones son, desde luego, políticas; deshacer los mapas, burlar el orden de sus distribuciones, desdibujar sus fronteras forman parte también de otras políticas.

La práctica de la enseñanza universitaria funciona como una máquina de producir mapas y cronologías. Los

autores, las tradiciones nacionales o continentales de pensamiento, los conceptos, los estilos van ocupando posiciones dentro de esas redes espacio-temporales que sirven sobre todo al gesto didáctico de favorecer la comprensión de un determinado campo de conocimientos. En el mejor de los casos, los esquemas que se elaboran los abarcan en sus instancias fundacionales, sus regularidades, sus momentos de cambio y recogen los términos de las luchas que se dan en su interior. Algunos de los dilemas, epistemológicos y políticos, de los estudios de género se exhiben de manera más clara y, al mismo tiempo, más problemática en estas escenas docentes. Sobre todo porque la distancia de nuestra mirada se torna débil al estar inmersa, es decir, comprometida y formando parte de esos mismos entramados que pretendemos ordenar. Los problemas que se plantean en estos casos se derivan de los objetos que abordamos, de los tipos de mirada que se imprimen, de los códigos disciplinarios y de la situación institucional, social, nacional y geopolítica desde la cual enunciamos nuestros discursos. A esto se suman otras dos dificultades. Por un lado, el carácter interdisciplinario de los estudios de género. La aventura que significa atreverse a cruzar saberes resquebraja, en cierta medida, la identidad profesional de origen pero, al mismo tiempo, favorece las lecturas y los contactos intelectuales. Las seguridades se revuelven y las que se creían bases sólidas se agitan en su precariedad. La segunda de las cuestiones, vinculada con la anterior, se refiere a los variados escenarios en que nos toca actuar y, por lo tanto, a los diferentes públicos que enfrentamos. No es lo mismo preparar un ensayo o una clase para un auditorio de especialistas o interesadas en problemáticas de género o para un público, formado en nuestra misma disciplina que mira y escucha la puesta en marcha de otros aparatos conceptuales con sospecha y con evidente ignorancia. Situación que se reproduce en la escena docente y que requiere de un nuevo ajuste cuando ese público está formado por estudiantes de posgrados en estudios de la mujer o por alumnos-as de nuestras propias carreras. En mi caso personal, las preguntas oscilarían entre cómo llevar a los-as primeros-as al terreno de la literatura y cómo hacer salir a los segundos de ese espacio a través del recorrido por otro conjunto de categorías y problemas teóricos cuyo tratamiento e instrumentación desconocen. Otro desafío de mayor importancia hace entonces su entrada: cómo enseñar teoría feminista dando cuenta de la heterogeneidad de sus debates y de la productividad de sus categorías sin olvidar los peligros de los traslados mecánicos a nuestros contextos.

Y dicho al revés, cómo enseñar literatura o historia latinoamericana teniendo en cuenta sus formaciones históricas, políticas y discursivas, las líneas de debate que las atraviesan y fundan y los rasgos de heterogeneidad cultural que las recorren y, a un mismo tiempo, desestabilizar estas cuestiones a partir de una reflexión sobre la diferencia sexual.

Hay entonces varios escenarios que suponen diversos obstáculos y desafíos y donde se suceden el fluir del deseo y el reposo, el trabajo y el descanso, la alegría y la rabia, la toma de la palabra y el ejercicio activo de la escucha, la escritura y la lectura, ambas igualmente productivas, el protagonismo y el papel secundario o, dicho en términos teóricos, el centro y el margen. En ellos es posible dar vuelta los mapas heredados para reinterpretarlos, revisarlos, traducirlos, detectar sus sitios de poder y reubicarlos en un orden generacional que no desdeñe el lado positivo de los legados.

Si el feminismo llegó para saldar las cuentas de exclusión de la modernidad, hay algo de esta jugada tardía que resultó beneficioso. Algo que, tal vez esté más acá de su carácter contestario y revolucionario y que se vincula con la ocasión. El movimiento de mujeres que surge en los '60 acompaña la profunda alteración de los paradigmas hegemónicos y, contribuye a poner en crisis el pensamiento totalizador. Esta situación proporciona desde el comienzo una cierta lucidez que reconoce la necesidad política de no clausurar o cristalizar un conjunto de saberes, de modo que sus producciones y prácticas, ejecutadas en diversas zonas de lo social y tanto en el plano material como en el simbólico, estuvieron marcadas más por el dinamismo y la desestabilización que por los cierres y las obturaciones. Como señala la psicoanalista argentina Ana María Fernández: "Desdogmatizar es ofrecer las teorías al juego abierto de lo inacabado y no al cierre de sentidos por el cual se supone que una teoría ha aprendido de modo completo la realidad de la que intenta dar cuenta".¹ Si la consigna fue romper, transgredir, pervertir, dar vuelta los modelos heredados, ni el resultado ni los legados pueden quedar aprisionados en alguna forma de la estabilidad, sobre todo porque la deuda de la exclusión tiene aún llagas abiertas.

Pero podría pensarse que este permanente estado de deliberación y avance conlleva a formas de olvido, de lloviznabilidad o de constantes y descomprometidas mudanzas. Nada más lejos de lo que quiero plantear. Las escenas docentes, en tanto sitios de reconocimiento y acción, de estímulo de ideas y no de reproducciones fagocitantes, los momentos en que despunta un tema de investigación, los

1. FERNÁNDEZ, 2000.

Innumerables desvíos y atajos que se suceden, requieren de impulsos, de movimientos del deseo. Para entrar es necesario portar curiosidad, la única manera de despertar en los otros-as (colegas, compañeras, estudiantes) una cuota de asombro y deseo de conocimiento. Entrar al campo de los estudios de las mujeres o de género significa leer el relato de la emancipación en su devenir histórico pero no únicamente con el objetivo de enaltecer un sujeto pionero, una idea fundante o una conclusión productiva sino para salir habiendo hecho de la recuperación el sitio de la comprensión y construcción de una posible genealogía. Lo cual implica no solo haber deshilvanado sus múltiples costuras y desarmado sus certezas sino estar dispuestas a configurar otras lecturas, siguiendo los recorridos de memorias y contramemorias.

¿Cuál es el mapa?

2. BRAIDOTTI, 2000, p. 179-180.

Rosi Braidotti en su libro *Sujetos nómades*² sintetiza las líneas actuales de las teorías feministas de los '90 y distingue los siguientes grupos: (1) las teóricas feministas críticas, unidas en su adhesión a la escuela de Frankfurt (Benhabib, Flax, Benjamin); (2) las pensadoras francesas, introducidas en el ámbito académico norteamericano a través de los departamentos de literatura y, en consecuencia, absorbidas principalmente por las carreras de humanidades y estudios literarios. Vale la pena hacer notar, dice Braidotti, que las obras de Irigaray sólo se tradujeron al inglés en 1985 y, como dato aún más significativo, me permite recordar que la traducción al español de *Speculum* es de 1980; (3) el grupo italiano, seguidor de Irigaray, especialmente en sus reflexiones filosóficas sobre la maternidad (Muraro); (4) el radicalismo lesbiano de Wittig (Butler) y sus intelectuales de tendencia homosexual; y (5) las pensadoras étnicas y coloniales que cruzan género con raza (las Indias, Gayatri Spivak, las chicanas, Gloria Anzaldúa, o las negras como bell hooks o Toni Morrison y la obra pionera de Audre Lorde) y advierte cómo la riqueza de este pensamiento ha marcado también a teóricas como de Lauretis, Donna Haraway y Sandra Harding. Si bien el mapa teórico del feminismo ha variado entre los '60 y los '90, la oposición tradicional entre feminismo anglosajón y francés, de alguna manera se conserva, aunque Braidotti intenta torcer sus dicotomías. Lo que se puede advertir en el esquema de Braidotti es un marco más amplio que es capaz de ver determinadas derivaciones, apropiaciones hacia uno y otro lado e inclusiones (las australianas, las chicanas, las italianas, las poscoloniales). Se percibe entonces cómo representantes de estos últimos

grupos han participado y participan del intercambio político y conceptual con las que producen desde los países centrales. Inclusiones que, según Braidotti, dan cuenta de pensamientos alternativos feministas de reciente aparición en el debate internacional que contribuyeron a romper la cómoda oposición binaria entre las posiciones francesa continental y angloamericana.

Tal vez no sea posible estar en desacuerdo con los trazos y ordenamientos de este cuadro de situación, por otra parte, correcto en sus descripciones. Quizás tampoco sea posible adjudicarle a Braidotti una flagrante omisión, en la medida en que lo que entra en los mapas son aquellos datos que cuentan a la hora de establecerlos. Y si, las latinoamericanas estamos, en general, ausentes, o nos acercamos extrañamente a la categoría de las chicanas, las razones tendrían más que ver con las circulaciones políticas de los saberes y discursos, circulaciones enclavadas en cuestiones económicas, sociales, ideológicas e institucionales que las feministas de algún modo contribuimos a formar. Como dice, Diamela Ettin, "desgraciadamente el sistema es muy inteligente, es brillante".³

Uno de los efectos del sistema, especialmente en las últimas décadas, ha consistido en la ampliación del número de grupos de mujeres concientizadas. Pero el sistema actual, cuyas marcas sobresalientes son la homogeneización, la fragmentación y el espectáculo, por un lado, aplana sin distinguir y, por otro, diferencia para devaluar y así desbaratar proyectos, liquidar ideas y, en muchos casos, exterminar cuerpos. Cuando practica la diferencia el sistema exhibe sus rasgos letales. No hay muchos otros modos para nombrar los efectos del racismo, el sexismoy la pobreza. Pero, si hay otros modos de enunciar y formular los lugares de crítica, oposición y disrupción, de tal manera que nuestros discursos no sean nivelados en los planos-mapas que él prevé. En cierto sentido la revolución cultural que implicó el feminismo fue un hecho frente al cual el orden cultural y político no ha podido hacerse el sordo y necesitó generar sus propios mecanismos de resistencia. Eso explica que, como el grado de inestabilidad que el feminismo amenazaba con aportar era tan alto, haya tenido que ser sofocado por cooptaciones institucionales y políticas, por operaciones mediáticas y por acciones financieras. Pero, aunque el sistema es brillante en sus manifestaciones y despliegue de poder, los diferentes feminismos y movimientos de mujeres fueron capaces de disputarle zonas y discursos a través de prácticas cotidianas y globales, políticas locales, líneas de fuga, "apropiaciones indebidas".⁴ En el caso de América Latina, estas operaciones podrían denominarse procesos de traducción cultural que a

3. MORALES T., 1998, p. 204.

4. Tomo esta expresión del texto de invitación que me envió Claudia de Lima Costa para participar de la mesa sobre los viajes de las teorías feministas y la política de la traducción en el Seminario Internacional Fazendo Gênero 4: Cultura, Política e Sexualidade no Século XXI (23-26 de mayo de 2000, Florianópolis: Universidad Federal de Santa Catarina).

través de otro tipo de manipulaciones conceptuales y disposición de otros circuitos se proponen establecer sus propios movimientos para situar nuevos puntos en los diseños de mapas y así conmocionar y ampliar las cartografías y multiplicar los debates. Lo que queda como un resto a pensar se vincula con las estrategias que los diferentes feminismos latinoamericanos puedan darse para ser incluidos y participar de esos debates de modo de agitar a partir de una inscripción fuerte de la diferencia, en un doble sentido, con respecto a las otras y entre nosotras, los gémenes de homogeneización, estabilidad o poder que se suceden una y otra vez.

Cómo no caerse del mapa

La crítica norteamericana Francine Masiello, una de las más lúcidas latinoamericanistas especializada en estudios de género afirma:

el papel del traductor evoca pasividad; frente al texto original (...), la traducción es una copia servil y transparente (...). Sin embargo, la traducción también ofrece una experiencia más dinámica, pues convierte en visible lo que normalmente no lo es; revela, fuentes de significado latentes en sitios insospechados, expande las dimensiones de lo político. Así, en el proceso de traducción de un dominio cultural a otro, se crea cierta movilidad desde la cual podemos redefinir relaciones de adentro y de afuera, del individuo a la comunidad, del espacio entre el yo y el otro. Aquí la traducción pone en entredicho nuestra concepción de una ley fija y hegemónica y sus sabotajes posibles. Como muchos han observado, la traducción hace a la cultura consciente de sí misma.⁵

El concepto de traducción, entendido de esta manera, nos ubica en un lugar de productoras más que de receptoras y reproductoras de teorías y nociones y también nos marca como sujetos de una cultura que permanentemente está pensando sus espacios de reflexión teóricos en relación con los espacios de representación que les sugieren desde otros territorios y con los que tienen que lidiar. Es decir, que traducir implica poner en juego un conjunto de prácticas de transformación y transacción creativas. Implica al mismo tiempo pensar el lugar que ocupamos, las imágenes que nos adjudican, la crítica y revisión de este lugar a partir de la devolución de esas imágenes. Las brechas que se puedan abrir en los mapas serán el resultado no sólo de los sitios que nos dejan ocupar sino de los espacios que peleamos por

5. Ver MASIELLO, 1997a, p. 272-273. Masiello también trata las relaciones entre Norte y Sur a través del problema de la traducción en MASIELLO, 1997b.

6. BRAIDOTTI, 2000, p. 184.

conquistar y, a partir de los cuales, inscribir una o varias voces personales y lecturas propias de nuestras diferencias. Será una manera de participar en la crítica a la noción de identidad femenina y simultáneamente construir "esa identidad como sitio de diferencias".⁶

Este modo de entender los procesos de traducción se vincula epistemológicamente con concepciones particulares de sujetos y discursos de modo que a partir de ellos, es posible abordar e incluir diferentes niveles de experiencia, trabajar simultáneamente con varios ejes (clase, raza, sexo, edad) y aludir a los variados y provocadores usos de la lengua. Las transiciones y los desplazamientos favorecen así un cuestionamiento de los lugares sólidamente codificados y se alejan de cualquier forma de esencialismo. Pero, estas configuraciones precisan, como dije antes, de espíritus curiosos abiertos al viaje, a la movilización de estados y conceptos, al desdibujamiento de las fronteras fijas. Las escenas docentes, las dobles o triples inscripciones académicas, la actividad interdisciplinaria nos hacen a un mismo tiempo conscientes de nuestros territorios y de sus múltiples entradas y salidas. Se trata de prácticas y recorridos intelectuales en espacios transicionales que nos interpelan constantemente y nos exigen actos de afirmación. Afirmar, sentar posición, armar una idea concluyente, elaborar una lectura, configurar una política son parte de una conciencia crítica que se sirve de los tránsitos y mudanzas sucesivas como formas potenciadoras del quehacer intelectual. Entre una y otra posta se instalan ciertos descansos ocasionales tan conscientes de la denuncia política que le cabe en ese sitio como de la necesidad de superarla a través de un trabajo de imaginación que promueva el diálogo y la alianza con otros sujetos en situaciones similares.

Me estoy refiriendo a un tipo particular de sujeto cuya configuración teórica es la del nomadismo. Para Deleuze, para Rosi Braidotti, nómades y cartógrafos son compañeros de viaje, visten los mismos ropajes; sólo que uno se especializa en delimitar sitios y el otro, en desplazarlos. Este afán por recorridos y marchas no entra en rivalidad con el deseo de habitar un espacio, aunque sea para posteriormente abandonarlo o desbordarlo; si está en contra de su posesión. El sujeto nómada no olvida ni huye, por el contrario adopta su condición móvil y fugaz para no dejarse vampirizar por los discursos oficiales que buscan ponerle vallas a sus pasos y obstáculos a sus ciclos. No le interesan los saltos temporales ni las piruetas que borren el aquí y ahora, prefiere ajustar tiempos con situaciones para ver los efectos de la violencia y los nombres y rostros de sus responsables.

Conciente de su naturaleza posmoderna no se engaña con relativismos, su compromiso con la situación histórica se traduce en un deseo de registrar y precisar tiempos y armar genealogías que funcionen como relatos alternativos y contrahegemónicos. Dice la narradora chilena Diamela Eltit, aludiendo a las escrituras de la urgencia y la emergencia como sitios de conmoción que hacen estallar los sentidos sociales, que se trata de escrituras poderosas por las que transitan espacios de poder y conflicto que consiguen formular "un importante nomadismo que las vuelve ambiguas e irreducibles ante las instituciones".⁷

Esta forma de pensar las escrituras nómades que, para Eltit, es parte de su proyecto estético-político se define además por su cuestionamiento a la "literalidad aletargante que termina siempre satisfaciendo al capital cuidadosamente acumulado en la clase compradora". De esta manera, Eltit pone en crisis las relaciones entre literatura y mercado, relaciones que, en general son obedientes al imperativo de representación de ciertos modelos de mujer, modelos globales, pocos situados y congelados en nuevas configuraciones estereotipadas.

Las claves del mercado pueden ser rápidamente decodificadas, por lo tanto, la gran tarea intelectual parece ser la pregunta por aquello que no ingresa como deseo en el espacio público. Si el mercado trabaja con la inculcación del deseo a través de la noción de espectáculo, habría que revisar cuáles deseos están oprimidos del registro oficial, qué sintaxis aparecen escamoteadas, cuáles sentidos resultan contraproducentes y por qué el malestar que producen aquellas escrituras que no se inclinan ante los sentidos dominantes requeridos por su inserción masiva.

La tarea que plantea Eltit es ambiciosa, implica estar atento a aquello que no "ingrese como deseo en el espacio público" o, como lo formula Francine Masiello "estar abierta a los diferentes registros de experiencia aún no codificados por el Estado". Se trata de un esfuerzo extra que compromete al ejercicio intelectual y sus múltiples estadios, incluso el de la imaginación y el deseo, y al mismo tiempo, el libre juego de los sentidos y los diferentes planos de la percepción. Podríamos denominarlo un nomadismo urbano de la intemperie y la pobreza que, en su afán por apartarse de los marcos institucionales, revierte en sintaxis desgarradas, lenguajes del desamparo y representaciones hambrrientas.

7. Consultar Eltit, 1996a.

La escritura en las calles

Hay algunas escritoras actuales que trabajan con la desintegración de cuerpos y palabras en territorios urbanos. Experiencias que cortan el aliento y la posibilidad del discurso, experiencias de la barbarie que colocan a las narradoras en los límites de la razón y dan cuenta de la incapacidad del lenguaje para nombrarlos. Me referiré brevemente a Diamela Eltit, Tununa Mercado y Matilde Sánchez, pero, hay otras. En el final de *Los vigilantes* de Diamela Eltit⁸ los cuerpos prófugos de una madre y su hijo huyen hasta los bordes imposibles de una ciudad convertida en vigilante. Las cartas que bárbara y obstinada escribe la madre y el relato oral del niño quedan a la intemperie, transformados en aullidos. Un final catastrófico, despojado de palabra y cuerpos, de seres humanos que devlenen animales. Luego, el texto concluye, cae en el silencio, un silencio mortal, sin carnadura, amasado de violencia, pero un silencio producto de una ética y una estética.⁹ En *El cuarto mundo* (1988), Eltit también trabaja con las formas no codificadas por la ley y el Estado, interroga ficcionalmente los límites familiares cuestionando al mismo tiempo sus regulaciones y la incidencia que la violencia económica y estatal inscriben en ellas. La niña que nace al final, hija de una relación incestuosa de la "raza sudaca", deviene mercancía, como la autora que le dio su forma y le da su nombre. Mercado, nación, literatura y diferencia sexual arman una constelación que muestra las formas bárbaras del nomadismo y la necesidad de continuarlo: "Lejos, en una casa abandonada a la fraternidad, entre un 7 y un 8 de abril, diamela eltit, asistida por su hermano mellizo, da a luz una niña. La niña sudaca irá a la venta".¹⁰

En una gran parte de las novelas escritas en estas últimas décadas las mujeres van y vienen por las calles. Mujeres solas, alejadas del séquito familiar, arrastran por el mundo una subjetividad anhelante y hacen de ese mundo infame el objeto de su deseo, su interrogación y su sospecha. Se trata de una situación paradojal que el cambio de siglo exhibe de manera contundente especialmente en estos países. Cuando el reordenamiento cultural que ellas propiciaron tendría que revelarles sus beneficios, dos de sus conquistas — calles y escrituras — se vuelven sospechosamente peligrosas. Por ello, los textos de algunas escritoras hablan a partir de esos finales letales y devastadores de la urgencia que significa pensar la intemperie. Como dice Tununa Mercado en uno de los textos de *En estado de memoria* "fui consciente de que la intemperie era la suprema inclemencia".¹¹

8. ELTIT, 1994.

9. Para ver las relaciones entre cartas y silencio en las escrituras de Eltit y Sánchez ver mi artículo DOMÍNGUEZ, 1998.

10. ELTIT, 1996b, p. 159.

11. MERCADO, 1990, p. 165.

Las nómades urbanas, las que miran con ojos extranjeros cuando regresan del exilio, colocadas en las calles, se confrontan con otros marginales. No las mueve el gesto dudoso de dar voz y representación a los que no la tienen sino trazar entre ellas y ellos un espacio de descubrimiento, tensión y sospecha. La violencia habla a través de las palabras de estos vagabundos sin destino o de sus acciones y lenguas repetidas diariamente en el marco de una plaza. La que los mira y los narra no toma el lugar distante de la interpretación sociológica, ni la transcripción formal de una mirada letrada sino que ocupa el lugar donde una circunstancia y una ocasión se singularizan, mostrando, a la vez en su miniatura, el mecanismo político que la genera. Dice Tununa Mercado en un texto llamado "Intemperie":

El Interés por el hombre de la plaza me ponía, sin yo quererlo, en un estado de excepción o, por lo menos, de emergencia; producía en mí una emoción literaria en el sentido más lato, la que se siente cuando en un texto uno se tropieza con una revelación contundente acerca del ser, y esa revelación, erigida como un límite, ensancha la conciencia del desamparo y afina la percepción sobre la muerte, sobre el sentido de la muerte. Todo el primer haz de páginas de este relato, hasta el momento en que empleo a hablar del hombre de la plaza, guardaba una estrecha relación con mi regreso a la Argentina; (...) No sabía cuál era mi Intemperie y no podía saber por lo tanto cuál era la suya y, además, esa inquietud por su presunta decisión de Intemperie se ofrecía con tanta naturalidad para la escritura que entré a sospechar de ella, no fuera a ser ahora que convirtiera la Intemperie Inclemente del hombre en un tema literario, cuando mi decisión había sido hacer de este relato una catarsis despojada de toda vanidad.¹²

Se trata de escrituras que trabajan en los huecos o intersticios de los sistemas dominantes, lugares que no dan "señales para el reconocimiento" pero que avanzan con invencibles empecincamientos para percibir una y otra vez las formas de la indefensión.¹³

En los sujetos nómades, dice Braudotti, hay una implacable y rigurosa especie de tenacidad, de ritmo chillón, obsesionalante.

En *La Ingratitud* de Matilde Sánchez,¹⁴ entre el conjunto de inmigrantes que acompañan a la narradora durante su estadía en Berlín, sólo hay contactos fallidos, matices que no se entienden, énfasis no buscados del habla. La protagonista

12. Idem, p. 160-161.

13. Durante casi los mismos años Diamela Eltit sale por las calles de Santiago de Chile buscando construir "artistas estéticas" en esas figuras del vagabundaje urbano. Producto de estos recorridos es *ELITIT*, 1989. El prólogo de este libro, una especie de manifiesto ético y estético del género testimonial, se pregunta una y otra vez (como la narradora del texto de Tununa Mercado) cómo dar cuenta de esos sujetos que están por fuera de los hilos de la producción económica, externos a las instituciones, carentes de lenguaje y hasta de nombre, que viven permanentemente a la intemperie. Las preguntas que una y otra deslizan no sólo interrogan el orden económico y social que produce este tipo de sujetos sino el orden propio de una escritura que no los convierta en un tema literario. De esta manera, la propia escritura se vuelve objeto de sospecha y las posibles articulaciones del lenguaje construidas sobre las diversas desarticulaciones políticas exploran las relaciones entre el otro urbano como referente externo, la saturación y desvios de los relatos posibles y los modos disidentes del sujeto que los mira.

14. SÁNCHEZ, 1990.

que conoce la lengua extranjera paterna y, por eso puede discurrir acerca de tonos y modalidades, pasea por las calles del país ajeno e intenta recuperar su carácter en las versiones imperfectas de los inmigrantes. Si la ciudad exhibe sus vistosas y variadas mercancías a los ojos de pobres y ricos, ella percibe su inutilidad y los restos de lenguas que no se adaptan a la traducción fidedigna, pero, logra ensamblar las heridas a partir de una escritura que recupera los relatos del exilio y sus diferencias.

Estas narradoras conectan sentidos entre un espacio y otro y asumen así disputas entre distintos tipos de lenguas: entre la lengua materna y paterna, entre la lengua nacional y la extranjera, entre la lengua privada y la política, entre la lengua escrita y la de las calles, entre la del exilio y la del regreso. Viven entre lenguajes, pero los contactos, acercamientos, traslaciones o traducciones que encaran las sitúan una y otra vez en la frustración. El estar entre —entre lo público y lo privado, entre la casa y la calle, entre el recuerdo del país propio y la extrañeza del ajeno, entre padre e hijo, entre vigilantes internos y externos, entre realidad y lenguaje— constituye un lugar apropiado desde donde comprender los mecanismos sobre los que se forjan las identidades sociales. Desde este lugar intermedio rechazan los términos de las identificaciones que otros construyen sobre ellas y promueven para sí mismas otras más verdaderas. Sin embargo, el ajuste no llega. En estos recorridos hostiles las voces que narran intentan disolver toda experiencia y palabra que no se adecue a las modalidades éticas y estéticas que persiguen. Van deshaciendo cuerpo, espacios y escrituras para dar cuenta tanto de las inadecuaciones entre lenguaje y referente como de la ilusoria estabilidad de las identidades fijas. De este modo, los textos no sólo resisten contra las formas hegemónicas establecidas sino contra las formaciones nuevas que parecen vislumbrarse, las que están aún en proceso de elaboración y que la literatura capta, y procesa. Lo que se ve y lo que se prevé es infame, nefasto. Inscriben así el presente como crisis, como catástrofe y al mismo tiempo, profetizan un mañana de máscaras siniestras y vergonzantes.

La pobreza de la experiencia las hizo "bárbaras", en el sentido positivo que Walter Benjamin otorga tanto a la barbarie como a este tipo de pobreza.¹⁵ Una comprensión de la degradación y la miseria que lleva a comenzar desde el principio, a partir de cero, a hacer tabula rasa de la experiencia del pasado que no sirva, a practicar la renuncia para que surja de allí algo nuevo. Prefieren, como la narradora de *Los vigilantes*, el silencio y la muerte a "la repetición de las experiencias degradantes del siglo", a la pobreza de las

guerras, a la barbarie negativa o declaran como la narradora de *La Ingratitud*:

pero es una reclusión que no me perjudica; por el contrario me fortalece... Cuando ya no queden alimento en la cocina, deberé recurrir a mis propios órganos, como suele ocurrir en toda huelga de hambre prolongada. Pero es precisa que esta sensación no se confunda con la comodidad. Mi situación nada tiene que ver con la comodidad, se trata de un estado de alerta no perturbada!¹⁶

16. SANCHEZ, 1990, p. 133.

17. Ver FRANCO, 1996.

18. Ver RICHARD, 1994/1995.

19. Dice Rosi Braldotti en la entrevista que le hiciera junto con Ana Amado para la Revista Mora, Nro. 5, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1999, págs. 20-32. "Para mí es un momento histórico en el cual se puede volver a definir un concepto de Europa que sea más global, pero que tenga en cuenta no sólo las grandes y bellas historias heroicas, sino también una realidad sanguinaria y terrible de la cual nosotros debemos ser responsables".

Estos pasajes por escritoras y escrituras muestran hasta qué punto la literatura puede adelantarse a la teoría, como ha afirmado Jean Franco.¹⁷ O dicho de otra manera, revelan a su modo un decir, pensar y hacer teórico tal vez formulado primero en el Norte, pero practicado, recorrido y transitado en el Sur. De todas maneras no se trata de respetar dicotomías siguiendo los cauces hegemónicos que se proponen desde otras latitudes. Entre Norte y Sur, entre Estados Unidos y América Latina, entre Europa y América se suceden y suscitan distintos tipos de diálogos. Nelly Richard alertó contra la "neo-celebración de la diferencia" ejercida desde el centro, que le sirvió a muchos latinoamericanistas de allí para rendir un tributo más o menos cosmético a lo "marginal", pero sugiere "la complicidad con la teoría radical del centro (que también las hay)".¹⁸ Complicidad que más bien debería nombrarse como alianza política. Tanto Francine Masiello como Jean Franco podrían ser incluidas entre los nombres que el paréntesis de Richard deja implícitos. Sus artículos tienden puentes hacia nosotras porque nos devuelven imágenes y representaciones que estimulan nuestro pensamiento desde posiciones políticas y teóricas alejadas de toda manipulación de la diferencia. Por otra parte, en relación con Europa, con quien mantenemos una historia de identificaciones y desidentificaciones complicadas y contradictorias, para decirlo rápidamente, habría que volver a pensar desde una postura feminista con qué historia y relato europeo armariamos nuestros acuerdos o alianzas. El trazado de estos diálogos, sostenido tanto en el reconocimiento de algunas tradiciones como en el rechazo de otras, daría lugar al establecimiento de cartografías alternativas.¹⁹

Mi pasaje por las ficciones latinoamericanas intentaba también llegar a esta última conclusión que planteo como una posible estrategia. En ella veo una traducción de signo inverso. Así como Clarice Lispector ha sido objeto de lectura por parte de intelectuales y feministas europeas, como Hélène Cixous y la misma Braldotti, creo que la traducción de otras escritoras podría despertar signos de atención sobre

20. Algunos textos de las escritoras mencionadas en este trabajo ya han sido traducidos o están en vía de. Por ejemplo, *En estado de memoria* de Tununa Mercado será editado en inglés por Nebraska University Press en el año 2001, con prólogo de Jean Franco y traducción de Peter Kahn y Canon de alcoba fue traducido al gallego en Editorial Pato Xerais, Colección As literaria con prólogo de Zulema Moret y traducción de Mónica Bas Cendón. De Diamela Eltit se tradujeron al inglés *Lumpérica* (New York, Site), *El cuarto mundo* (Nebraska University Press) y *Vaca Sagrada* (London, Serpent's Tail) y al francés *Lumpérica* (París, Des Femmes) y *El cuarto mundo* (París, Christian Bourgois).

narrativas que inquietarían los marcos teóricos que desde allí se formulan.²⁰ Las literaturas como los conceptos y las teorías viajan después de haber dado alguna batalla contra las políticas de traducción imperantes y contra las actuales estrategias de fragmentación de los mercados editoriales que incluso perversen la difusión y lectura de escritores y escritoras dentro de la misma lengua. En este diálogo, por ahora imaginario, debería también ser posible que cuando estas lecturas se realicen tengan en cuenta el voluminoso trabajo de lectura que las críticas locales ya hemos acumulado.

Bibliografía

- BENJAMIN, Walter. Experiencia y pobreza. In: *Discursos Interrumpidos*. Madrid: Taurus, 1982.
- BRAIDOTTI, Rosi. Sujetos nómades. *Corporización y diferencia sexual en la teoría feminista contemporánea*. Buenos Aires: Paidós, 2000 [1994] (Colección Género y Cultura).
- DOMÍNGUEZ, Nora. Extraños consorcios: cartas, mujeres y silencio. In: DOMÍNGUEZ, Nora y PERILLI, Carmen. *Fábulas del género. Sexo y escrituras en América Latina*. Rosario: Beatriz Viterbo, 1998.
- ELTIT, Diamela. *El Padre Mío*. Santiago de Chile: Francisco Zegers, 1989.
- _____. *Los vigilantes*. Santiago de Chile: Sudamericana, 1994.
- _____. Construcciones nómadas. *Nomadías*, Santiago de Chile, Cuarto propio y Universidad de Chile, n. 1, p. 25-31, diciembre de 1996a.
- _____. *El cuarto mundo*, 2^a ed. Santiago de Chile: Seix-Barral, agosto de 1996b.
- FERNÁNDEZ, Ana María. Los asedios a la imaginación. *Diario Página 12, Suplemento Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo*, viernes 24 de marzo del 2000.
- FRANCO, Jean. Género y sexo en la transición hacia la modernidad. *Nomadías*, Santiago de Chile, Cuarto propio y Universidad de Chile, n. 1, p. 33-65, diciembre de 1996.
- MASIELLO, Francine. *Entre civilización y barbarie. Mujeres, nación y cultura literaria en la Argentina moderna*. Rosario: Beatriz Viterbo, 1997a
- _____. Tráfico de género: mujeres, cultura y política de identidad en esta era neoliberal, *Mora*, n. 3, p. 42-63, agosto de 1997b.
- MERCADO, Tununa. *En estado de memoria*. Buenos Aires: Ada Korn, 1990.
- MORALES T, Leónidas. *Conversaciones con Diamela Eltit*. Santiago de Chile: Cuarto Propio, 1998.
- RICHARD, Nelly. La condición centro-marginal post-moderna. *Travessia*, Florianópolis, Universidade Federal de Santa Catarina, n. 29/30, p. 55-59, agosto 1994-julio 1995.
- SÁNCHEZ, Matilde. *La Ingratitud*. Buenos Aires: Ada Korn, 1990.

DIÁLOGOS DEL GÉNERO

Gender Dialogues or How not to Fall off the Map

Abstract: If we look at the current maps of feminist theoretical trends drawn by North American or European thinkers, we note that, in general, Latin American critics have little participation in the feminist debates. In order to alter or undo those cartographies, we must start with a concept of translation that is both active and dynamic. This concept will be the vantage point from which to think about our own places, to mobilize established notions, and to promote critical readings that will put together new genealogies and will function as alternative and counter-hegemonic narratives. The category of nomadic subject thus serves as a subjective experience, a practice of writing and reading, a political option, and not just as a theoretical formulation we might embrace.

Keywords: gender, translation, Latin American literary criticism, urban nomadic writings.